

CORTESÍA Fredric Brown

Rance Hendrix, especialista en exo-psicología (psicología de otros mundos) formaba parte de la tercera expedición a Venus. Recorría con lasitud las arenas cálidas, en la búsqueda de un venusino; tan pronto hubiera encontrado uno, intentaría establecer relaciones de amistad: ésta era su quinta tentativa. La empresa se presentaba complicada. Los cuatro intentos anteriores habían desembocado en cuatro fracasos. Los expertos ligados a las anteriores expediciones no habían registrado más que fracasos.

Lo difícil no era encontrar un venusino; pero todos los que se habían encontrado no estaban en absoluto interesados en los terrícolas y ninguno de ellos había manifestado la menor disposición por entablar una amistad. Esta ausencia total de sociabilidad era más extraña aún en tanto que los venusinos hablaban las lenguas terrícolas; unas aptitudes telepáticas desconocidas les permitían captar los matices más pequeños, cualesquiera que fuesen, de las lenguas que nosotros hablaríamos, y responder a las preguntas de una forma precisamente matizada... pero con una hostilidad sin parangón.

Justamente venía uno con una pala a la espalda.

- Hola, venusino - dijo Hendrix con voz jovial.

- Adiós, terrícola, respondió el Venusino sin detenerse.

Era tan vejatorio como molesto para Hendrix, que ajustaba su paso al del venusino.

Tenía que correr para no dejarse distanciar por el venusino de largas piernas.

- ¿Por qué rechazáis nuestra conversación? - preguntó Hendrix.

- ¿Yo? Yo le hablo, aunque no me guste nada. ¿Le importaría alejarse?

El venusino se paró y se puso a cavar el suelo con su pala, en la búsqueda de huevos de korvil, sin ocuparse más del terrícola.

Hendrix lo miró fijamente, con aire frustrado. Era siempre la misma cantinela, cualquiera que fuese el venusino. Todos los métodos y procedimientos aprendidos en psicología terrícola como en exo-psicología fracasaban.

Y esta arena que quemaba los pies a través de las suelas; y este aire que, si bien era respirable, no olía mejor que el formol y no corroía menos los pulmones, sumándose a aquel rechazo sistemático... Era demasiado. Hendrix renunció y estalló:

- Y bien, ¡ve a meter tu... en el...!

Aquella era una empresa que para un terrícola constituye una imposibilidad anatómica evidente. Pero los venusinos son bisexuales. El venusino se giró, incrédulo pero contento: por primera vez, un terrícola utilizaba su mismo lenguaje que, sobre Venus, era la menor de las formas de civilización.

Él respondió por medio de un deseo del mismo calibre, con una gran sonrisa azul. Dejó su pala en el suelo y se sentó para entablar conversación con aquel terrícola tan amable. Y este fue el punto de partida de una maravillosa amistad y de una comprensión perfecta entre la Tierra y Venus.

FIN